



La mayoría de los internados proviene de los cantegriles. Homosexualismo, sífilis, castigos corporales, violaciones. Duermen en colchones mojados de orines. Un infierno cotidiano para decenas de menores cuya suerte no interesa a nadie.

ALV Los cl expec

T. y B. ahora son mayores de edad. T. Trabaja y estudia; B. estudia solamente, como cuando conoció a T. en el Alvarez Cortés. Se han hecho amigos a partir de esos días que pasaron juntos. La experiencia los ha unido por encima de una militancia social que antes y aún ahora, cada uno lleva adelante con una concepción ideológica y política diferente. Como tantos miles de adolescentes uruguayos provenientes de hogares acomodados y conservadores, eligieron desde los bancos del liceo, una vida de sacrificio y lucha. También de riesgo. Lo que vieron y vivieron en el Alvarez Cortés los arraigó más en su decisión de seguir peleando para que nazca una patria justa. Son dos muchachos serios, generosos e inteligentes en un grado que está muy por encima del nivel común del adolescente medio pero que es el grado de hombría y capacidad de todos los jóvenes que están comprometidos en la lucha más riesgosa y difícil de este tiempo.

ALVAREZ CORTES:

Chiquilines son dientes olvidados

—¿Cuánto tiempo estuvieron presos?

T. —Presos no. La Justicia de Menores no me tipificó cargos. Estuve cinco días en Jefatura, quince días en el Alvarez y quince días en la Colonia Suárez.

B. —Yo estuve diecisiete días en el Alvarez.

—¿Los maltrataron?

T. —A mí me golpearon en la chanchita. Iba semiinconsciente y me seguían pateando. Pero en la Jefatura me trataron bien.

—¿Cómo fue la llevada al Alvarez?

B. —Lo que me sigue impresionando cada vez que me acuerdo, es que el edificio está frente a un cantegril. Lo único que tienen delante de los ojos los chiquilines, es el mismo cantegril del que muchos de ellos salieron para entrar al Alvarez. Al salir del Alvarez, volverán al cantegril.

T. —Es un edificio abandonado. Recuerdo como detalle irónico que lo primero que vi fue el retrato de José Pedro Varela y en el despacho del director, el retrato de Artigas.

—¿Cómo es el régimen allí?

B. —Yo estuve en el régimen común. T. estuvo en los pabellones de seguridad.

Después me contás del pabellón de seguridad. ¿Cómo es el régimen común?

B. —En el dormitorio hay mugre, mugre y mugre. Colchones mojados de orina, porque los de allí no los sacan a ventilar; en cambio a los del pabellón de seguridad, sí, los ventilan. En las sábanas, sangre, pus, esperma. orines. Siempre ruidos, discusio-

nes, peleas. Tratan de molestar-se unos a otros.

—¿Y en el pabellón de seguridad?

T. —Los calabozos miden 2.50 por 2 metros. El colchón, en el suelo. Me pusieron esposado. El calabozo es oscuro; día y noche tiene una bombita encendida. Lo dejan a uno sin ninguna pertenencia. Dicen que para que no se la roben, pero a B. le robaron el reloj. Cuando se fue no apareció.

—¿No había manera de comunicarse con otros reclusos?

T. —Sí, el de al lado me preguntó por qué había caído. Le hablé del problema social. El me dijo que era un asaltante pero de alto nivel; que lo había como medio de vida y como venganza.

—¿Cómo reaccionó cuando tú le hablaste de las injusticias sociales?

T. —En general a ninguno de ellos les interesan. Se consideran fuera del régimen. Del sistema y los problemas no les importan. No se sienten explotados ni víctimas, al contrario. Ese muchachito hablaba con desprecio de "los giles laburantes". Pero tenía ciertos principios morales. "A los pobres, no les robo". En cambio, me dijo que tenía un compañero que se divertía robándole a los pobres.

—Por lo común ¿cuánto tiempo están en el pabellón de seguridad?

T. —Depende, claro. El caso record que yo conocí llevaba un año.

—¿Qué había hecho?

T. —Muertes.

—Parecería que es imposible soportar ese régimen.

T. —Es horrible, pero aún así hay muchos que prefieren estar ahí. Circulan revistas de chabates y por lo menos están lejos de los líos del dormitorio común.

—¿Qué líos?

B. —Es un mundo muy complejo, con un sistema de valores que desde afuera no se puede imaginar. Están los veteranos, los en tránsito, los recién llegados.

—¿Qué población había cuando ustedes estuvieron?

B. —Treinta en régimen común y quince en seguridad. De los que estaban en régimen común, muchos eran chiquilines abandonados, sin casa, sin padres. Teóricamente el Alvarez es un instituto de orientación, pero funciona como filtro. Esos chiquilines abandonados están en tránsito, antes de ser enviados a otras colonias. Cuando llegan, los veteranos los dominan, les pegan, los humillan.

—¿Veteranos quiere decir mayores?

B. —Suelen ser los mayores, pero, además, de entre ellos surge el caudillo. El que recién llega tiene que ponerse bajo la protección y al servicio del "fuerte". El guardián o el caudillo. Tienen que elegir.

—¿Cómo es el caudillo del Alvarez?

B. —Tiene más experiencia, más "antecedentes", más víctimas. Si pelea, es el que gana. Porque en el Alvarez existe el culto del machismo. Pero estas "fuertes", brutales con los débi-

les, son serviles con los que tienen el poder, con el guardián, el cocinero, el director.

—¿Qué código de valores rige las relaciones de la población del Alvarez? ¿Hay delegación entre ellos?

T.—Bueno, dentro de la diversidad se podrían señalar algunas características. Ellos odian y desprecian al policía y al "orbita" (batidor), pero serían capaces de delatar a un compañero por venganza. También está mal visto el "rastrillo" (el que le roba la ropa a los compañeros). Había uno que tenía la táctica de ingresar al Alvarez para engordar, aunque la comida es escasa e incomible. Pasaba una temporada, robaba la ropa de los internados y después la vendía en el cantegril de enfrente. Había estado internado en el Vilardebó con shok eléctrico y trementina.

B.—Allí hay toda clase de desgracias. Un botija de once años que estaba en libertad y no quería irse para no pasar hambre afuera. O Wilson, el show del albergue. Al ingresar al Consejo del Niño tenía un leve retraso mental que atendido hubiera sido subsanado. Ahora es totalmente irrecuperable. Es como un bebido, come y duerme todo el día. La poquísima inteligencia que tiene la usa para conseguir más comida y hablar de temas sexuales para divertir a los otros. Fue violado por un guardián de San Ildefonso la primera vez.

—¿Hay homosexuales?

B.—Sí, el 90% son pederastas pasivos. Hay sífilis, masturbación. Uno se masturbaba varias veces por día. Hay deficiencias mentales, epilepsia.

—¿Y la atención médica?

T.—Al entrar hacen una revisión venérea, pero podría decirse que la atención médica interviene sólo para evitar que alguien se muera. No hay medicamentos. Salud Pública no manda ambulancias.

—¿Cómo es el personal del Alvarez Cortés?

B.—Inferior, salvo los pocos que están capacitados profesionalmente. Hay cuatro turnos de guardianes. El guardián descarga allí sus propios problemas. Andan con una goma debajo del brazo para reprimir la indisciplina

pero la usan sólo como amenaza.

T.—Se podría decir que hay guardianes de distinto tipo. Está el humano y comprensivo. Había uno que era universitario, pero era servil con el director. Está el guardián indiferente: anota las fugas y punto. Está el que trata de evitar las fugas para conservar su puesto.

—¿Ustedes tuvieron problemas con los guardianes?

T.—No; conmigo y con B. eran demagogos. No trataron de humillarnos como a los otros muchachos. Yo no he visto que los guardianes pegaran. El director, sí, pega con el puño cerrado y he visto sacar chiquillines a patadas de su despacho.

—Y los visitantes sociales ¿no sirven de nada?

B.—Es gente bien intencionada cuando tienen preparación, pero es poco y nada lo que pueden hacer. Nos contaron el caso de un visitador que se propuso y pudo recuperar a un muchacho. Al poco tiempo, los ex compañeros de la govilla lo mataron de dos balazos. También hay visitantes sociales metidos por culpa política. Uno era taximetrista. El gremio lo expulsó y sus compañeros le quemaron el taxi por carnero. Ahora es asistente social.

—¿Cuáles son los temas de conversación de los internados?

T.—Cuentan sus hazañas, casi siempre son asaltos ficticios en los que cada uno aparece haciendo alarde de coraje.

—¿Recuerdan algo más del pasado, de la vida de afuera?

B.—La imagen de la madre. La idealizan, se hacen tatuajes que dicen "mamá", inventan. Nadie los va a ver, nunca reciben visita. T. y yo pedimos a nuestros familiares que cuando nos fueran a ver no nos llevaran nada para comer, porque aunque al principio repartíamos con ellos, nos daba vergüenza el contraste. Esos chiquillines parecen expedientes olvidados.

—¿No hablan de la salida?

B.—Sí, piensan en formar una honestamente cambiar de vida y nueva pandilla. Otros se plantean está el caso que ya contamos, del que no quería irse para no pasar hambre.

—Ustedes dos y otros que habían estado eran casos particulares. Estaban por razones políticas. ¿Cómo fue su relación con los muchachos?

T.—Tenían una información vaguísima de las cosas. Nos tenían respeto y admiración, pero la que se puede sentir de delincuente a delincuente. "Ustedes sí, que las piensan todas". De esta manera expresaban la admiración. Por esos días cayó un tipo bastante sospechoso que andaba entreverado en las movilizaciones obreras y estudiantiles. Un tipo muy peligroso. Los botijas del Alvarez tuvieron un olfato muy fino y lo radiaron. "Andá, vos, que vas a ser..." "Vos sos distinto".

—¿Y el director cómo estuvo con ustedes?

B.—Cuanto antes nos fuéramos era mejor para él. Nos veía como corruptores del resto.

—¿Cambiaron después de estar en el Alvarez Cortés? ¿El recuerdo no les resulta por lo menos molesto?

B.—No, no queremos olvidarlo, al contrario: hablamos frecuentemente de todo aquello. A mí personalmente me libró de prejuicios. Ví claro que hay capacidad de recuperación.

T.—Son pobres botijas con un estado moral tan decaído que son infra hombres.

—¿Y cómo se los puede recuperar?

T.—La única manera de recuperarlos es desterrar su escala de valores y demostrarles que es incorrecto que vivan en función de sí mismos. Hay que destituirles la imagen del "gil laborante".

B.—Hay que ubicarlos dentro del sistema pero luego hacerles comprender que tienen que servir al grupo, a la comunidad, a la sociedad.

—¿Sirve hablarles de todo eso?

B.—No. Por ahora el robo es para ellos la única alternativa. Tienen que hacerlo para adaptarse al medio.

—¿Entonces?

T.—A corto plazo hay que recuperarlos como hombres: a largo plazo como revolucionarios.